

* * *

Luisa, empero, no había muerto; empobrecida su salud, como dejamos dicho, y víctima de la pena moral que la torturaba, determinó pasar el resto de su vida en uno de los monasterios de la ciudad; sus padres hicieron saber al que era su prometido, que había muerto, pues en verdad lo estaba para el mundo.

* * *

Al amanecer de un lluvioso día del mes de octubre, y cuando las religiosas se levantaban, doblaron lúgubremente las campanas del convento de San Agustín; por extraño caso, la que fue doña Luisa sintió un estremecimiento al oírlas; y horas después al inquirir el motivo de los desolados toques, a una de las monjas en quien había depositado su confianza, le fue respondido:

—Hoy ha muerto el padre fray Diego Ceballos, quien se llamó durante su vida mundana, don Jorge Carvajal.

Días después falleció santamente la buena religiosa que había sido prometida suya.

MANUEL JOSE FORERO

JUAN A. ZULETA

La muerte del señor don Juan Antonio Zuleta es un nuevo golpe que me ha enviado la mano misericordiosa de Nuestro Señor. El lunes acompañé hasta la última morada a mi amadísimo hermano Ignacio; y dos días después pierdo otro hermano, hermano del alma, un amigo incomparable. Bendito sea Dios que siempre es Padre, lo mismo cuando prueba que cuando consuela; lo mismo cuando premia que cuando castiga.

A otros tocará la tarea de encomiar los eximios merecimientos del señor Zuleta para con la República,

para con la causa de sus convicciones, para con las letras colombianas. Me limitaré a recordar las excepcionales condiciones de aquella alma de paloma, de aquel corazón encendido en amor a Dios y a los prójimos.

La caridad del señor Zuleta no tenía límites y se parecía en su modo de manifestarse a la de San Juan de Dios. El no averiguaba si su semejante a quien creía necesitado lo estaba realmente, ni si era bueno o malo, ni si era su amigo o su enemigo. Daba todo cuanto tenía; contraía deudas para aliviar a los demás; y no contento con prodigar lo suyo se daba a sí mismo a costa de todo linaje de sacrificios. Jamás pidió para sí, empleo, ni remuneración, ni consideraciones y vivía importunando a los Magistrados en favor de toda clase de personas. No supo lo que era el odio, no conoció la envidia y no tenía que perdonar las injurias porque no consideraba que alguien quisiera ofenderlo o dañarlo.

Como amigo, sus delicadezas eran verdaderamente maternas; cuando él le cobraba cariño a alguna persona, no se lo perdía jamás.

Como católico tenía las creencias más firmes y más ilustradas que puedan hallarse en un seglar. Confesaba a Jesucristo con palabras y con obras delante de los hombres; y si consagró su vida a la defensa de un partido político, fue únicamente porque creía ver en él una garantía para la Iglesia. Su piedad cristiana, sin ostentación y sin ruido era altamente edificante. Me reveló alguna vez que, desde que tenía uso de razón, nunca había dejado de rezar el Rosario antes de acostarse.

El señor Zuleta se ha llevado un pedazo de mi corazón. Ya no volveremos a estar juntos todos los días como lo acostumbrábamos desde hace más de treinta años. Allá arriba nos volveremos a juntar para no separarnos nunca.

R. M. CARRASQUILLA